

RAIMUNDO LIDA: *Prosas de Quevedo*. Barcelona, Editorial Crítica (Grupo editorial Grijalbo), 1981. 323 p., 20 x 13 cm.

La impresión primera y última que origina este libro es de seriedad, erudición y disciplina. Sin exagerar, podemos decir que significa un doble homenaje: a Quevedo en el cuarto centenario de su nacimiento y a su autor no hace mucho fallecido. Si el propósito del ilustre crítico argentino fue el "de ayudar a valorar con más justicia ciertos aspectos de su obra y a ajustar mejor a la verdad las leyendas, magnificadoras o rebajadoras, en torno del casi mítico personaje" —como afirma en el prólogo— indudablemente lo ha logrado. Su crítica al respecto es orientadora y eficaz.

Asistimos a una lectura en profundidad de los textos de Que-

vedo, sostenida por el mucho saber de este distinguido lector que allega el comentario mesurado, distante del elogio fácil o del rechazo enojoso que, a menudo, origina el autor de la *Política de Dios*.

En el capítulo "Quevedo en sus cartas" (aparecido en *Cuadernos Americanos* (1953) y recogido en *Letras Hispánicas* (1958), Lida llama la atención sobre la importancia del epistolario de don Francisco, verdadero testimonio de su vida, desde la adolescencia hasta su vejez. "Fuerte, impetuoso, complicado, agudo, verbalista" (p. 18) su correspondencia nos dice de una vida singular y de su momento histórico y europeo, con la vivacidad del testigo dotado, contundente, con intereses particulares, con fresco humor.

En el prólogo, el autor advierte que su libro ofrece "en general versión revisada y puesta al día, unos trabajos publicados hace muchos años". Así, no debe extrañar que con el título abarcador de "Humanismo y polémica" incluya estudios como "Lipsio y los Escaligeros", "España defendida y la síntesis pagano-cristiana", "La voluntad de leyenda". Trabajos que ahora adquieren nueva vida, actualidad, cohesión, mayor posibilidad de aclarar posiciones y observar con criterio más objetivo un período complejo y fecundo en el que vale la pena detenerse.

Hablando de los *Sueños*, es muy difícil olvidar esta afirmación de Lida: "palabras, imágenes, cosas, en imprevisibles contrastes y metamorfosis, enlazan el hoy con el ayer, el mundo de las figuras humanas con el de las diabescas y fantasmales, ya con grandeza dramática, ya con desgano entremesil" (p. 193). Dicha a propósito del Quevedo cómico, cuando nota la casi imposibilidad de distinguir entre la travesura verbal y la óptica. Estas páginas sobre los *Sueños* y *La hora de todos*, al igual que muchas otras contenidas en este libro, son de verdadera antología crítica.

El volumen incluye dos estudios sobre el *Buscón*. Aquí también su fino análisis nos hace ver con serenidad y firmeza ciertos elementos y detalles que en una lectura común suelen pasar inadvertidos. Así, por ej., prueba que en el *Buscón* "todo valor novelístico queda aplastado bajo la continua y asombrosa invención verbal" (p. 255), por lo tanto "las unidades de construcción narrativa que buscan en él algunos de sus admiradores no parecen preocuparle mucho al propio Quevedo". O, deteniéndose en el tratamiento de lo religioso, llega a la conclusión de que el autor "se ha empeñado mucho más a fondo en el alarde satírico y literario que en la denuncia social" (p. 301).

Una permanente cercanía de los textos quevedianos, un caudal inusitadamente grande de información sobre el autor y su época, un ingente acopio de datos iluminadores de su pensamiento e intención, que sólo una tarea extensa y seria de investigación puede dar, hacen ciertas estas palabras del prólogo: "No me he propuesto la inectiva ni el panegírico. Intento comprender la grandeza de Que-

vedo prosista y sus límites, algunas de sus peculiaridades y algunos de los límites de esa grandeza, así como dejar al desnudo la anatomía de sus moralismos”.

Erudición, disciplina, estudio reposado es la impresión que causa la lectura de *Prosas de Quevedo*, que Raimundo Lida nos ofrece póstumo. La dedicación del autor a un tema de recio asedio como es el de la prosa de Francisco de Quevedo justifica ampliamente su voluntad de reunir en un tomo sus investigaciones sobre el tema. Habrá que agradecer también a quienes —una vez desaparecido Lida— se encargaron de su edición.

Carlos Orlando Nallim